

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO



MAUCCI H^{OS} MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

SEGUNDA SERIE.—DESCUBRIMIENTOS Y CONQUISTAS

LA NOCHE TRISTE

EN TENOCHTITLAN

POR

HERIBERTO FRIAS

Propiedad exclusiva de los señores Maucci Hermanos.

MÉXICO

Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1

1900



La noche triste en Tenochtitlán

¿Quién de vosotros, amigos míos, no ha escuchado alguna vez en su vida esta frase que trae á la memoria de todos los mexicanos venerables y magníficos episodios de historia-patria, de nuestra historia nacional mexicana: «¡*La noche triste!*»...

¿No es verdad que todos los que estais leyendo estas líneas, buenos y amables lectores mexicanos, ya sabéis algo de lo que significa ¿*La noche triste?*

¡Es una de las más admirables páginas de nuestra historia antigua!...

¡Es el cuadro mejor y más terrible, heroico y altamente sublime de los grandiosos episodios de la época inolvidable de la Conquista de *México*, por las huestes hispanas, atrevidamente mandadas por Hernán Cortés, el bravo aventurero, el sagaz

y obstinado capitán, el caudillo de gran corazón y amplio espíritu que pasó á través de obstáculos y hombres hasta lograr empapado en sangre, encendido en fuego, un tiempo esplendente.

¡*La noche triste!*... ¡Es la irase que significa el iúgubre episodio en que por primera vez se vió humillado en espantosisima derrota, el altanero Hernán Cortés! Cuyo ejército se había unido con el mayor y más rico de Pánfilo de Narváez que, después de la traición en que se dió fin al poderío de las tropas que enviaba Diego Velázquez, Gobernador de Cuba, contra su compadre Hernán.....

En el instante en que más orgullo y alegría y más segura esperanza tenía en su triunfo, de pronto el caudillo español vé caer una tempestad de indignación, toda la colera del pueblo azteca alzándose siniestramente á cortarle la retirada en sus mismas habitaciones del Palacio de *Axayacatl*.

¡Todo iba á fracasar; la gran conquista del invasor se desmoronaba: en vez de la victoria era la muerte entre el pueblo azteca, sacudiendo la cadena de insultos con que habían parecido encadenar los blancos á la raza de *Axayacatl* y el primer Moctezuma, el *Flechador del Cielo* (1).

(1) Recomendamos á nuestros lectores vean los precedentes episodios de esta segunda Serie...

*
* *

Los combates entre el pueblo puesto en armas por los patriotas caudillos de la libertad, entre los que se alzaba como siempre la gallarda, la marcial y tremenda figura del gran *Cuauhtemoczin* los combates entre dos indignados héroes méxica y los españoles fortificados en su Palacio, donde yacía para ignominia eterna de la raza de reyes *Moctezuma*, aquellos combates y asaltos y defensas que levantaban nubes de humo, sangre, pólvora, execraciones, odios y llamas de infierno, ¡oh! aquellos combates desde la aurora hasta la noche en las calles, entre un formidable estruendo de espantosas griterías, eran más terribles, más tenaces que nunca!...

¡Seis días de matanzas!

¡Seis días y seis noches en que los españoles salían de su cuartel para ir á rellenar las cortaduras que los aztecas habían hecho en los fuertes y calzadas para cortar la retirada á los aventureros que ya quieren salir de la ciudad... seis días en que todo era exterminio!...

Hernán Cortés que había llegado tan contento

de haber derrotado á su enemigo, Pánfilo de Narváez, con más de mil quinientos españoles de refuerzo, con noventa caballos y veinte y seis piezas de artillería grandes, se encontró con que se había despertado el águila mexicana!...

¡Ah! las crueldades de Alvarado acuchillando á los grandes señores aztecas, á los nobles, á los caballeros á los dignatarios soberbios y á los sacerdotes, allá en el patio del *teocali*, derramando sangre á raudales, sin perdonar á nadie, haciendo hundir las grandes tizonas de los *rodeleros* en los desnudos pechos de los confiados *tecuhtlis* había hecho estallar la profunda cólera del pueblo de los que aun quedaban con vida y sobre todo haciendo surgir las tremendas figuras de *Cuittlahnac* y *Cuauhlemoc*!

.

* * *

—¡Fuego; herid, herid! ¡A ellos! ¡Recordad valientes *méxica* las glorias de nuestros antepasados! ¡Que salgan los hombres blancos! Les daremos salida si se van prometiendo no volver nunca! ¡Combatid, combatid que está con vosotros *Cuauhlemoc*!... Así gritaba el príncipe mientras la lucha del asalto en torno del cuartel de

los españoles se hacía cada vez más siniestra... Rodaban y caían los cadáveres de las blancas... y en vano fueron sus *máquinas* y sus cañones y sus arcabuces y sus caballos! Todo era destruido por las



nubes de aztecas que cercaban sus columnas... caían los hombres y las bestias en las aguas de las acequias..... y por doquiera los gritos, los ayes, el estampido de arcabuces y falconetes y las mal-

diciones de unos y otros ensordecían..... ¡Y siempre, siempre la derrota estaba de parte de los aventureros conquistadores!

¡Y así fué como pasaron algunos días! Cortés perdió al fin toda esperanza... Marina le había dicho durante una de aquellas terribles noches:

— ¡Oh mi señor Hernán!... Tú no conoces bien todavía el valor de los aztecas... Son terribles y temerarios. Ellos han prometido á sus dioses sanguinarios los corazones de los tuyos... ¡Son poderosos y valientes! ¡Retírales!... Iba á pronunciar aun más palabras cuando un estruendo como de la caída ó el desplome de todo el palacio le contuvo... ¿Qué pasaba?... Precipitose corriendo, espada en mano Cortés para averiguar lo que pasaba... y pronto lo supo... *Cuiclahuac* y *Cuauhtemoc* jefes principales habían logrado hacer saltar una gran parte del Palacio que ocupaban los españoles... ¡Qué derrumbe tan espantoso!... ¡Cuánto cadáver!

En vano Cortés hacía que los miles de aliados *Tlaxcaltecas* disparasen sus flechas y contuvieran á las masas mexicanas, cada vez más terribles y más heroicas, aunque la artillería de los españoles abría anchas brechas con sus rayos...

¡Pero aquellos monstruos que vomitaban rayos ya no intimidaban á las mexicanos! ¡Veían el fo-

gonazo y se echaba á tierra!... ¡A los caballos les arremetían con larguísimas picas con las que destrozaban sus fauces y los hacían desbocar... Desde las azoteas arrojaban rocas enormes sobre los «ingenios» ó caserones de madera con ruedas y *palancas* donde se metían los escopeteros y alguno que otro cañón... ¡Todo se desbarataba!... ¡Hubo atroz mortandad de españoles!...

¿Y de aztecas? preguntaréis... ¡Ah! la cifra es fabulosa y formidable, amigos míos... Caían en masas compactas, pues combatían la mayor parte con los pechos desnudos, sin más coraza ni escudo que su amor á la patria electrizados por su amor al *Caudillo-Aguila!*

* * *

No hubo mejor determinación entre todos los capitanes que abandonar para siempre la maldita ciudad de *tenochtitlán* en donde los incautos conquistadores creían obtener desde luego palacios magníficos...

¡Pero el pueblo había despertado como un *león* soberbio!...

¿Quienes eran los que temblaban? ¡Los mismos audaces!... En vano habían hecho que su infeliz y cobarde preso, Moctezuma hablara al pueblo desde la terraza del Palacio! ¡En vano todo!... El

el sobre emperador resultó herido... ¡herido de una piedra que lanzó el mismo caudillo del honor azteca!

¡No había más recurso de salvación para los españoles asilados en el palacio que fué de Axayacatl que escapar aquella misma noche, abandonando la ciudad... ¡Oh! sí, no había duda era la mejor determinación! ¿No estaban casi moribundos de hambre?... ¿No habían cortado todas sus comunicaciones con *Tlaxcala* y con el traidor enviado de *Texcoco*?... Si permanecían dos días más en México, todos morían y acabaría para siempre y del modo más triste la conquista de aquel esplendorosísimo Imperio azteca que Cortés soñó un día conquistar con inmensa gloria eternal...

*
* *

Antes de efectuar la salida del cuartel Palacio, que debía ser en plena sombra á media noche, Cortés mandó asesinar á *Moctezuma*, al Señor de *Tlacopan* y á *Cacama*, Señor de *Texcoco*, además á otros nobles príncipes de los alrededores de México, que tenía presos, sujetos villanamente á una cadena?

¡Oh! mis buenos amiguitos... ¡Oh! ¿no es ver-

dad que os estremeceis de pavor y de indignación al considerar aquella soberana infamia de Hernán Cortés?...

¡Ah! ¿no comprendéis que *Moctezuma*, rey, se



había entregado á la generosidad y al caballerismo de Cortés, lo mismo que los demás señores, creyendo que aquel que se presentaba con tanta magestad en nombre de un rey santo cuyo poder

estaba sancionado por el representante del mismo Unico Dios y Señor del Universo, no era un falso, si no un sincero y verídico;... no es verdad que es inicuo y negro eso proceder del conquistador que ordena el asesinato de Moctezuma y de sus príncipes?... ¡A puñaladas murió el *ex Emperador mexicano!*...

¡Su cadáver fué entregado á unos pobres pa-seantes, durante una tregua de combate entre es-pañoles y aztecas!...

* * *

—¿Qué?... ¿Qué es eso? preguntó airado Cua-hutemoc, cuando le presentaron envuelto en una red de fibras de maguey, el cadáver del que ha-bía sido el temible y semi Dios *Moctezuma*... ¿Es de él?... ¡Nunca!... ¡Llevaoslo allá muy lejos, ¡que no nos manche! ¡Nosotros vamos á combatir por la libertad y la gloria de nuestra raza!... ¡Fuera!... ¡Fuera!... Y el pobre cadáver fué lle-vado muy lejos, quién sabe donde, como un cuer-po infeliz...

* * *

..Hay un gran silencio en la noche, silencio, apenas turbado á trechos por los truenos que retumban allí en las concavidades del cielo lleno de profundas tinieblas... Cae un chubasco atroz



que empapa las calles y calzadas, enfriando lóbregamente el siniestro cuadro... De cuando en cuando los relámpagos alumbran las derruidas casas; los escombros ensangrentados, los cadáveres he-

chos trizas y los pedazos de armas que centellean como despojos tristísimos de las últimas batallas que se han librado ultimamente en las calles de *Tenochtitlán*...

Pero luego, apenas han desaparecido las últimas refulgencias de los rayos y los últimos retumbos del trueno, vuelve el silencio, la obscuridad y la inmensa tristeza...

Penetremos al Palacio de Axayacatl derrumbado en parte, acribillado y de un aspecto doloroso, con agujeros por aquí, boquerones por allá suchando sangre y miseria... ¡Ya no era ni palacio, ni fortaleza, ni cuartel!... ¡Era un infierno para los españoles!...

¡Allí acababa de ser asesinado el famoso Emperador *Moctecuzoma Xocoyotzin*...

En el interior de aquella mansión que antes fue de la alegría y es ahora de la tristeza y de la desesperación se notan los preparativos rápidos para una salida repentina aprovechando la lluvia, el estruendo de rayos y truenos, las luces de los relámpagos y la complicidad del lodo y de las tinieblas...

¡Cortés vá á escapar en las sombras de la noche, de aquella noche en que desespera y maldice de su suerte el caudillo de los españoles!...

— ¡Oh! Marina, inteligente mujer, dime, que aun es tiempo, salgo... ¿no ves la tempestad?

— ¡Oh! Señor, hoy lo mismo que mañana todo es igual... ¡El azteca está colérico!... Esta noche será terrible, será triste, ¡oh, muy triste!... ¡Pero qué hacer!... ¡Sal, sal fuera de Tenochtitlán!... ¡Sobre todo ya no se puede volver atrás! ¡Adelante! Y que haya mucho silencio; gran sigilo; paso á paso todos... La noche es oscura... ¡pero las noches oscuras son traidoras!... ¡Sin embargo, adelante!...

Cuentan que Cortés oyó sombríamente las nuevas palabras de aquella inteligente *malinche*, meditando aún, mientras en torno se escuchaba el confuso rumor de los preparativos que hacían para la salida en el orden dispuesto por Cortés y sus capitanes.

Lentamente empezaron á salir los *tlaxcaltecas* traidores, descalzos, agazapándose entre el lodo... eran los exploradores que iban con los ojos escudriñando las tinieblas, el oído atento! En seguida la descubierta de españoles con rodela y lanza larga, entre flecheros *tlaxcaltecas* y escopeteros... Después iban ya los de la vanguardia con los capitanes Gonzalo de Sandoval, Quiñones, Ordaz, Lugo, Acevedo y Tapia, con arcabuceros, rodeleiros y ginetes, así como unos cuatro mil *tlaxcalte-*

cas... Luego venia lo más importante que era el centro donde iba en su magnífico caballo Cortés, acompañado por los valientes Avila, Olid y Vázquez; con él iba la artillería, la yegua que llevaba sus tesoros, los caballos y acémilas de los demás tesoros, los de Netzahualcoyotl, los de *Axayacatl* los de *Tlacopan*, todo en oro y piedras preciosas... ¡muchos millones! Y también llevaban un puente grandísimo para poder pasar por las cortaduras de las calzadas, hechas por los aztecas...

Iban también en el centro las mujeres recién bautizadas, las princesas de Moctecuhzoma y los niños de la casa imperial!... iban diez mil tlaxcaltecas con fardos y otros detalles.. y por fin en la retaguardia venían los mejores ginetes, los hombres de armas más diestros, prontos á la defensiva, viendo entre ellos el célebre y cruel Alvarado y Velázquez de León... y por último la mayor parte de los soldados que trajo Narváez á México, ya unidos con Cortés... ¡Eran por todo mil seiscientos españoles y siete mil aliados, traidores á su raza!

¡En aquella noche de Junio todo aquel ejército antes tan altanero, invencible, estruendose con sus cañones y sus cien caballos, con sus hombres vestidos de hierro, deslumbrantes y maravillosamente beilos en todo su poderío, en aquella noche de lluvia y lodo, en medio del silencio y de

la soledad de México huía como un monstruo vencido, derrotado y humillado escapando de la noble cólera de los aztecas...!

¡En aquella noche, pálido de rabia y dolor, abrumado y vencido el heroe español, envuelto en su capa, llevando la pesada armadura de combate, llevando también en su alma el peso de muchos remordimientos y de muchos temores, se preparaba á vencer á la suerte... ¡á vencerla!... ¡á vencerla, si!... Pero sin ánimo; sombrío y desconfiado, comprendiendo al fin por primera vez en toda aquella ventura terrible, que podría ser vencido...!

...¡Y cuán lúgubres pensamiento en el alma del caudillo, y cuán siniestros aun más en los espíritus ya desalentados y medrosos de sus hombres de armas!...

¡Y así fueron caminando en las tinieblas, huyendo, escapando, creyendo encontrar protección á su fuga de la Imperial México, en las sombras de aquella noche, de aquella «noche triste»!...

¡Noche triste, le llamaban... pero aún no sabían lo que la suerte contraria les reservaba!

¡Ah! ¡lo que iba á sobrevenir era sin nombre, inaudito, formidablemente espantoso!